FRC20 22/7/09 13:37 Página 10

FERNANDO VALLESPÍN

Catedràtic de Ciència Política

‘La desafección no es coyuntural, sino que viene de un cambio cultural profundo’

ORIOL BARTOMEUS
Director de *frc REVISTA DE DEBAT POLÍTIC*
Fotografia: Miguel Ángel Prieto

Fernando Vallespín és catedràtic de Ciència Política i de l’Administració a la Universitat Autònoma de Madrid (UAM), on ha exercit gairebé tota la seva carrera acadèmica i on ha ocupat càrrecs com el de vicerector de Cultura, o la direcció del Departament de Ciència Política.

Expert en teoria política i en pensament polític, ha estat professor visitant a les universitats de Harvard, Frankfurt, Heidelberg, Veracruz i Malàsia. Entre les seves obres principals figuren els llibres *Noves teories del Contracte Social, El futur de la política*, i l’edició d’*Història de la Teoria Política* en sis volums.

Ha publicat també més de mig centenar d’articles acadèmics i capítols de llibres de ciència i teoria política a revistes espanyoles i estrangeres, amb especial predilecció per la teoria política contemporània. Així mateix, forma part de diversos consells editorials a revistes espanyoles i estrangeres, i col·labora habitualment al diari *El País* i a algunes tertúlies polítiques radiofòniques.

L’etapa més pública de Vallespín, però, va ser la que va dedicar a la direcció del Centre d’Investigacions Sociològiques (CIS), de 2004 a 2008. Durant aquests anys, Vallespín va voler que el CIS deixés d’estar sempre sotmès als vaivens del debat polític i va fer esforços per a fer aquest organisme més transparent i independent del Govern.

Fernando Vallespín ens rep al seu despatx de la UAM, envoltat literalment de llibres, per conversar llargament a l’entorn de l’actualitat política espanyola i, sobretot, de la sensació de desafecció que es desprèn dels resultats de les eleccions europees del mes de juny. Vallespín és taxatiu des de l’inici de l’entrevista: sí, hi ha desafecció; i és una desafecció que transcendeix les peculiaritats nacionals. A partir d’aquesta afirmació, Vallespín ens desgrana les causes i efectes d’aquest desencant envers la política, explica quin és el paper que hi juguen els partits polítics i l’Estat, ofereix la seva visió sobre les possibles sortides a la crisi econòmica actual, i es lamenta de la banalització i simplificació de la política, de les que culpa en bona part als mitjans de comunicació. Vallespín, tanmateix, es mostra optimista de cara al futur.

FRC20 22/7/09 13:37 Página 12

Viendo toda la evolución del país, parece que hay un antes y un después de la legislatura 1993-1996, la legislatura de la crispación. ¿Empieza ahí una deriva que nos lleva hasta ahora, o estamos en una etapa nueva? ¿Hay desafección en España, en estos momentos?

Yo creo que hay desafección, pero es una desafección que trasciende las peculiaridades nacionales. Creo que es perfectamente generalizable al sistema político europeo, y que tiene que ver con un cambio cultural de base, que probablemente tenga más que ver con la aparición de lo que los sociólogos llaman privatización, individualismo, individualización, que con realmente una crisis del sistema democrático como tal. Junto a ello, es evidente que cada sistema político tiene sus momentos más duros o más luminosos. En la mayoría de los países europeos yo creo que últimamente se ha producido un cierto divorcio entre clase política y ciudadanía, que abunda en esto de la desafección, o que por lo menos contribuye a que la desafección sea más pronunciada. En España viene articulándose el divorcio desde finales del período de Felipe González, cuando saltaron los casos de corrupción. Hay una asociación entre el ejercicio de la actividad política y la búsqueda de satisfacciones personales de los intereses públicos, dato que se se ve claramente en las encuestas. La mayoría piensa que la gente está en política para beneficiarse de algo, no para contribuir a un fin social; y todo esto va generando un caldo de cultivo que al final provoca en mucha gente una especie de división frente a lo político. Sin embargo, creo que el problema más grave es que la política interesa poco, nos implicamos muy difícilmente en algo que no nos interesa, y creo que es ahí donde está la madre del cordero, por decirlo de alguna manera. O sea, que sí que hay desafección pero no creo que sea tan dependiente de algo coyuntural sino que es algo más profundo, que está más vinculado a un cambio casi cultural.

En la mayoría de los países europeos creo que últimamente se ha producido un cierto divorcio entre clase política y ciudadanía, que contribuye a que la desafección sea más pronunciada

¿Esto podría ser una nueva fase de algo ya conocido, el desencanto del 79, la cultura política, el cinismo democrático o de momento sólo es un caldo de cultivo que favorece la desafección?

El individuo tiene dos dimensiones realmente marcadas: la dimensión individualista, subjetiva, y la de ciudadano. El individuo se activa como ciudadano generalmente en momentos críticos, como el período de la transición; cuando ya la cosa se ha normalizado es cuando otra vez va el péndulo hacia el hombre privatizado, por decirlo de alguna manera. Como consecuencia del 11M, por ejemplo, volvimos a ser ciudadanos, volvimos otra vez a remotivarnos políticamente, a implicarnos, pero otra vez pronto nos volvimos a privatizar. Creo que estamos asistiendo a un momento en el que prevalece una pauta de hiperconsumo donde las personas se miden, no en función de su integración dentro de un cuerpo social más amplio, sino a partir de su capacidad para funcionar como sujetos, como individuos y, por lo tanto, creo que hay una cierta crisis de la dimensión ciudadana. Y esa crisis de la dimensión ciudadana en el interior de cada uno de nosotros tiene como consecuencia la apatía, la desafección, el desapego. Nos consideramos casi autosuficientes, y no nos sentimos dependientes de un cuerpo más alto, salvo en momentos críticos. Cuando las cosas nos van bien no nos gusta que interfieran en nuestros asuntos.

Pero incluso en este momento de crisis económica, ¿no diría usted que las soluciones, no tanto las soluciones que se intentan dar desde los estados, desde la escena pública, sino las soluciones que se demandan a nivel social, no son también soluciones individuales?

Sí, claro, cada cual entona su "¿qué hay de lo mío?". De todas maneras, creo que esto va a generar una cierta transformación de lo político, porque desde el momento en que ese "¿qué hay de lo mío?" significa tener que hacer una elección pública, es decir, el dinero, como es escaso, por definición, o va a la industria del automóvil o va al turismo o va a la agricultura. Llega un momento en el que hay tal demanda de recursos públicos que entonces volverá a surgir otra vez la gran pregunta de quién se lleva qué parte del pastel, y volvemos al problema de la redistribución, algo que antes habíamos perdido de vista.
En estos momentos en los que se exige una mayor implicación de los poderes públicos es cuando verdaderamente uno nota que los poderes públicos tienen una cosa fundamental que es precisamente establecer un criterio de reparto de los recursos comunes. Y ahí es donde yo veo un cierto futuro para un discurso de izquierdas, que fundamentalmente acentúa esa dimensión redistributiva, más que en discursos más identitarios o discursos que ignoran absolutamente el tema de la distribución. Creo que la crisis puede cambiar la implicación en la política porque los no beneficiados se sienten indignados y, por tanto, se sienten obligados a acudir a lo público como muestra de esa indignación y, sobre todo, para que se les escuche, con lo que a mi me parece que vamos a asistir ahora a un cierto debate en torno a qué hacer con los recursos públicos, cómo establecer las prioridades.

Creo que el problema más grave es que la política interesa poco. Sí que hay desafección, pero no creo que sea tan dependiente de algo coyuntural sino que es algo más profundo, que está más vinculado a un cambio casi cultural

Hay una cierta crisis de la dimensión ciudadana. Y esa crisis en el interior de cada uno de nosotros tiene como consecuencia la apatía, la desafección, el desapego. Nos consideramos casi autosuficientes, y no nos sentimos dependientes de un cuerpo más alto, salvo en momentos críticos

Esta demanda que se expresa en el espacio público, ¿se expresará de manera organizada, es decir, a través de asociaciones, organizaciones, grupos, o será una demanda atomizada en el espacio público pero sin organizar?

Lo normal es imaginar que los sindicatos vuelvan a cobrar un cierto prestigio, dado que hasta ahora los sindicatos estaban desaparecidos de la vida política. Pero por otra parte, creo que no hay que excluir la presencia también en el escenario público de manifestaciones claramente populistas, en un intento de subvertir esta nueva demanda, esta nueva gran pregunta que se dirige a los poderes públicos, eso de quién se lleva la parte del pastel, que no se emborrone con consideraciones tales como qué es España o qué es Cataluña, toda la cuestión esta de la inmigración, qué hacemos con los inmigrantes, si hay demasiados o no hay demasiados. Hay cuestiones que no tienen que ver estrictamente con el problema del reparto de los recursos públicos; sin embargo, mantienen una presencia en el debate público que es muy superior a su importancia real como problema. La presencia de la inmigración en la agenda del discurso político en los países europeos, por ejemplo, es muy superior a la inmigración como problema social. Ahí se da cuenta uno de que lo que realmente se está produciendo es un intento de diluir problemas quizá más perentorios bajo el halo de un discurso populista, porque tiene capacidad de venta, viene en un momento dado y es un concepto importante de la derecha en Europa.

Y para que haya este cambio, para dar esta vuelta desde el individualismo exacerbado a un cierto resurgir de lo público, ¿será capaz la clase política de no oír los cantos de sirena de la respuesta fácil del populismo, de la salida hacia delante?

Yo creo que no. En este mundo desideologizado donde hemos vivido, donde la ideología es una cosa secundaria y donde de lo que se trataba fundamentalmente era de dar con el discurso que permitiera ganar las elecciones, creo que bajo esas condiciones el código gobierno-oposición es finalmente más potente que las ideas, entre otras razones porque nadie se las cree. El desprestigio de la izquierda realmente equivale al desprestigio de la política, porque la izquierda se sostiene a partir de la entronización de un gran actor político que es el Estado. Desde el momento en que el Estado pierde aquí una sociedad más organizada, donde su capacidad de acción es menor, a partir de ese momento también todos los discursos que buscan reformas sociales utilizando la palanca del Estado, lógicamente se desprestigian. Eso es lo que ha ocurrido en los últimos tiempos, pero que curiosamente está volviendo. Otra vez el Estado parece que vuelve a ser protagonista, y respecto a esta teoría de que se acabarán imponiendo los discurso populistas diría que es un

FRC20 22/7/09 13:37 Página 14

buen momento para la socialdemocracia.

Volviendo a su pregunta, que es una pregunta decisiva, lo que se percibe es que la política democrática, tal y como está estructurada, creo que la eficacia de los actores políticos depende de su capacidad para orientarse frente a un adversario, en montar su discurso frente al otro, y luego ir viviendo la política cotidiana manteniendo esta diferenciación permanentemente, sabiendo cuando atacar, cuando mantener la raya, cuando desactivarlo, y por desgracia claro, ahí es donde nos lo jugamos todo. La socialdemocracia tiene ese problema, que al haber como mínimo dos discursos oficiales de interpretación de la realidad, de lo que se trata es de ver quién acaba afianzando su visión de la realidad sobre una mayoría de la población, y es lo que en cierto modo es la entronización de la mentira, se puede decir, porque claro, de lo que se trata es de ir definiendo permanentemente el mundo a partir de los intereses de tu grupo, con lo cual, que algo sea verdadero o falso importa menos que sea convincente o no, el curso que utilizamos para definirnos.

El desprestigio de la izquierda realmente equivale al desprestigio de la política, porque la izquierda se sostiene a partir de la entronización de un gran actor político que es el Estado

En cierto modo la lógica del sistema de los medios de comunicación acaba contaminando la lógica de la política, es decir, uno solamente puede sobrevivir en política si está permanentemente definiendo la realidad y colocando esa definición en los medios, porque si no lo hace uno lo hace el adversario

Es la mentira y también es la no coherencia, es el reino del día a día, con lo cual, como la noticia del día sustituye a la noticia del día anterior, yo puedo decir una cosa ayer, decir otra mañana, y si me conviene una tercera pasado mañana.

Eso es lo que yo llamo la "turbopolítica", que viene a ser algo así como que los medios de comunicación nos imponen un código, que es el de estar permanentemente informando, estar colocando todos los días titulares. Lo que ocurre es que en cierto modo la lógica del sistema de los medios de comunicación acaba contaminando la lógica de la política, es decir, uno solamente puede sobrevivir en política si está permanentemente definiendo la realidad y colocando esa definición en los medios, porque si no lo hace uno lo hace el adversario, con lo cual, en ningún momento, ningún actor político tiene tiempo de detenerse a pensar realmente qué es lo que quiere hacer, porque se ve arrastrado por todo esto.

Se queman temas, y personas, pero también se queman conceptos. La capacidad que tenemos de quemar conceptos como democracia, progreso o socialismo es inmensa.

El problema es que se utilizan tanto determinados conceptos que al final acaban siendo inútiles, porque claro, todo concepto en política es un instrumento, es un arma. De la misma manera que se banalizan los discursos a través de su comunicación por los medios, muchos conceptos también se van banalizando a través de su uso continuo en los medios. Esa utilización de los conceptos hace que, al final, muchos de ellos sirvan más para que los espectadores de esta contienda política digan este es el mío, y para que realmente pacten una guía que permita una acción concreta, en una dirección. De lo que se trata es de decir: "Yo soy el progresista, o sea que vosotros, ojo, los que os consideréis así, ved en mi a uno de los vuestros". Y el otro pues exactamente igual. Otro de los problemas que nos encontramos hoy, que me parece que va ser la fuente de muchos debates políticos y con lo que creo que hay que tener muchísimo cuidado, ya lo fue en Estados Unidos, es el tema de los valores. Últimamente todo lo de la derecha gira en torno a eso. Vivimos en una sociedad sin valores, donde las niñas sin pedir permiso a sus padres, pueden abortar, y encima eso se ve como un derecho. Este discurso está muy bien estructurado. Ahora, ¿cómo se contrarresta? Es un poco el problema y la gran dificultad. Claro, no se puede contrarrestar diciendo "por encima del valor de la vida está la capacidad de decisión de la niña". Antes se podía haber dicho, hoy eso ya no compite. Creo que la izquierda daba por supuesto que sus valores eran los auténticos, y ahora nos damos cuenta de que la derecha está haciendo un uso más inteligente de otros valores similares, y por lo menos en gran parte de Europa la derecha está volviendo a la idea de que hay un valor importante, que es el valor de patria, que lo estamos tirando por la borda.

Gestiones tales como la separación Iglesia-Estado que dábamos por supuesta, pues ahora de repente nos encontramos con que se ha asentado, sin que nadie discuta eso como principio, nos damos cuenta de que esa idea se ha asentado en el espacio público de forma inversa; es decir, se puede argumentar sobre cuestiones públicas en términos religiosos y no pasa nada. Eso exige a la izquierda una mayor imaginación a la hora de plantear los temas en términos normativos y valorativos, y por ahí tiene que meterse.

Entonces, para una sociedad que reclama un cierto volver a unas verdades esenciales, a la derecha, que nunca renunció a estos valores conservadores de toda la vida, le es más fácil seguir con el mismo discurso mientras que la izquierda tiene el problema que hubo un momento, finales de los 90, que de alguna manera renunció a los principios básicos y ahora ve la vuelta a los valores como una marcha atrás, como un volver a los años setenta.

Yo no estoy tan seguro de que la tercera vía renuncie a los valores; lo que hizo fue un mix entre valores liberales, como la promoción del interés individual como algo legítimo en política, la libertad y la tradición de la izquierda, que son los valores de justicia social, de solidaridad, etcétera. Al final lo que ocurre es que no estás ni en un sitio ni en otro. Ahora nos encontramos ante una ocasión única, en la que va a volver el discurso de la igualdad, pero por otra parte hay que acordar cómo lo ajustamos al momento en que estamos. La política se ha hecho tan simplona que competimos en un mundo de ideas banales, y nos vemos arrastrados muchas veces a tener que tomar partido por determinadas ideas o responder a determinadas acusaciones, en vez de ir manteniendo un discurso coherente e insistiendo en esa coherencia. Y aquí volvemos otra vez a lo que hablábamos de los medios. De repente salta un escándalo, y ¿cómo lo enfrentamos? De repente nos quedamos como fuera de juego, y estamos otra vez sujetos pues eso, a un ataque mediático o a la construcción de una realidad en contra nuestra.

Y en este sentido decimos que la sociedad está pidiendo un cambio, está la crisis, la política, los políticos deberían estar interesados en fomentar y alentar este cambio, pero aquí hay un actor principal que hace 30 años no existía, que son los medios privados, que son medios que hacen del consumo a través del entretenimiento su ser, y que han hecho de la simplificación y la banalización su código deontológico. ¿Cómo romper esta dinámica?

Creo que hay dos problemas con los medios. Uno, fruto de su forma de acción, el hecho que hay que

FRC20 22/7/09 13:37 Página 16

imponer novedades, y por tanto se trata de buscar novedades permanentemente, con lo cual se está irritando continuamente la realidad para encontrar cosas que sean informativas. El otro problema está en la capacidad para manipular también la realidad. Y claro, ambas cosas se funden, y creo que ambas son malas para una política democrática. Eso es muy difícil de sobrellevar para los grupos políticos, porque no pueden confiar, porque antes había un sector de medios próximos a su ideología, y después sabían que más o menos podían encontrar ahí un eco, pero claro, ahora mismo tampoco sabemos si esto es así. Por poner un ejemplo: en nuestro país no sabemos si los medios de la derecha van a defender a la derecha efectivamente, sino que depende de cual va a ser el juego de cara a una estrategia de renovar o no al mejor. Los medios, incluso aquellos que apoyan a un determinado grupo, hacen política también, a favor o en contra de ese grupo, y eso es muy complicado, y efectivamente es algo nuevo. Creo que los partidos políticos no han acabado de interiorizar la idea de tener que jugar con un nuevo actor distinto de ellos mismos y de la propia ciudadanía, que son los medios de comunicación, que son los grandes mediadores, valga la redundancia.

La izquierda daba por supuesto que sus valores eran los auténticos, y ahora nos damos cuenta de que la derecha está haciendo un uso más inteligente de otros valores similares, y por lo menos en gran parte de Europa la derecha está volviendo a la idea de que hay un valor importante, que es el valor de patria, que lo estamos tirando por la borda

La política se ha hecho tan simplona que competimos en un mundo de ideas banales, y nos vemos arrastrados muchas veces a tener que tomar partido por determinadas ideas o responder a determinadas acusaciones, en vez de ir manteniendo un discurso coherente e insistiendo en esa coherencia

Los medios están jugando a hacer política, están jugando a cambiar líderes de partidos. Son conscientes de su poder, un poder que han ido sacando desde hace 30 años a los partidos, hasta el punto que los medios, no sólo imponen la agenda mediática, sino que además en el interior de los partidos son capaces de jugar a las facciones, apoyando a uno, apoyando al otro, y tienen tal poder que son capaces de imponer el resultado hasta el final. Esto va, digamos, a una guerra de la política por recuperar su espacio frente a unos medios casi, casi, superpoderosos.

La idea tradicional de la política era que los medios se limitaban a levantar acta de aquello que tenía lugar en el espacio público. Lo que no habíamos imaginado es que fueran los medios quienes, en última instancia, acabaran decidiendo lo que se hacía o no en ese espacio público. El drama es que no hay más realidad que la que aparece en los medios, con lo que aquello que no está recogido en los medios es como si no existiera. Se hace política para su transmisión mediática, y no a la inversa. No se trata de que los medios se ajusten a la realidad política, sino que al final se ha dado la vuelta completamente a eso. Esto significa, en cierto modo, vivir en una especie de inmenso simulacro porque, en última instancia, a uno le cuesta mucho saber dónde está la realidad. Es lo que más cuesta ahora mismo y además, precisamente, el hecho de que sea así acentúa la necesidad de definir la realidad a través de nuestra diferenciación respecto del contrario.

Uno se encuentra muchas veces con una situación que es bastante paradójica: acabamos asociando la idea de libertad a una limitada capacidad para hacer una infinidad de lecturas de lo real. Nos sentimos libres cuando podemos decir que esto que llamamos mesa se puede llamar de muchas otras maneras, y eso es verdad. Pero claro, de alguna forma, siempre hemos necesitado la idea de que existe una verdad que se pueda objetivar, o una realidad que es única, pero como lo que se incentiva en los sistemas democráticos es la idea de opinión, si todos sabemos que existe una mesa así pero yo opino que esta mesa es demasiado grande, o por qué afirma usted que esto es una mesa cuando realmente todos sabemos que es una mesa, o todos no sabemos que es una mesa.

Uno se da cuenta de que muchas veces el debate político tiene más que ver con un intento por afirmar la realidad de forma acorde con los intereses de un determinado grupo que no por resolver los problemas que pueda tener la sociedad, que es el de querer saber realmente cómo es una determinada realidad.

Ahora parece que lo que menos importa es saber exactamente cuáles son las condiciones objetivas de la crisis económica en España. La crisis económica tiene dos lecturas distintas, que son la del gobierno y la de la oposición, y por lo tanto se va a objetivar dependiendo de lo que interese en cada momento a cada uno de esos actores políticos. A unos les interesa afirmar aquello que parece que nos permite atisbar una salida de la crisis, y al otro grupo que es exactamente lo contrario.

¿Cuál es nuestra situación objetiva del mundo de la crisis? Yo creo que no lo sabemos. Podemos tener una serie de datos, y el Banco de España nos dirá algo, que será lo que más se aproxime probablemente a un informe técnico, científico. Te digo lo que percibimos, que es cómo se diluye esa realidad en manos de los grandes partidos. Y eso lo vivimos como parte de nuestra libertad, que es lo que creo que es interesante.

De hecho hay una especie de paradoja: hay un interés por la ciencia en el sentido de decir las verdades objetivas, pero al mismo tiempo existen tantas verdades objetivas (por ejemplo, hablando de la crisis, existe lo que dice el FMI, que no es lo mismo que lo que dice el Banco de España, que no es lo mismo que lo que dice la OCDE), que al final todo es opinión, y como todo es opinión, nadie tiene la razón o todo el mundo la tiene.

Se ha mezclado la lógica de la democracia, que es la disputa y diversidad de opiniones, gobierno-oposición, etcétera, con la lógica del capitalismo. En cierto modo siempre han estado muy cercanos. El problema hoy es que el sistema capitalista, si es excesivamente transparente, incorpora algo así como un virus que acaba subvirtiéndolos, es decir, que los responsables políticos nunca podrán decirnos la verdad porque un sistema que se monta sobre la confianza no puede dejar de dar confianza a sus actores.

No podemos objetivar la verdad. Yo no creo que esto sea dramático; lo que ocurre es que muchas veces a uno sí le gustaría poder verle la cara a la realidad y poder decir: "señores, ésta es la realidad", cuando lo has descubierto de una manera tan vil como ocurrió por ejemplo con el 11M, la información de la famosa conspiración, etc. Ésta fue una mentira que estuvo objetivándose y objetivándose, y todavía hay mucha gente que cree en todo eso, o sea que de alguna forma ni siquiera la verdad judicial, que es lo que nos sirve como algo más próximo a lo verdadero en la sociedad, consiguió apagar todo este tipo de historias conspirativas.

Pero, en el fondo, la sociedad, los ciudadanos, no en el conjunto sino individualmente, busca una verdad. Quien lee *El País*, escucha la *SER*, y ve las noticias de *CUATRO*, acaba teniendo su verdad, y se enfrenta a la mentira de los otros, que es la verdad de ellos, en contra de la otra verdad.

Yo no lo llamaría su verdad; yo lo llamaría que tiene su visión del mundo ya objetivada. Te dan una verdad del mundo que aparece objetivada, y dentro de la cual te sientes seguro. El que lee *La Razón* o lee el *ABC* se siente seguro de una verdad, y se centra dentro de un discurso donde la religión tiene un papel importantísimo. Y eso sirve para, por ejemplo, criticar a la política o, por el contrario, sirve para apoyar una determinada opción política o rechazarla.

No creo que quienes participan digan que lo suyo es lo verdadero, sino que es lo que mejor se ajusta a la forma en la que yo pienso que es la verdad. Son cosas distintas. Creo que incluso muchos de nosotros, salvo 2.000 fanáticos, somos escépticos en este tipo de cuestiones. Creo que los ciudadanos también han desechado la idea de que se pueda objetivar verdades, a lo que sí se siguen afirmando es a filtros, ver la realidad a través del filtro que me ofrecen éstos, que me interesa más que el filtro que me ofrecen los otros, pero que el escepticismo también ha llegado a los propios ciudadanos.

Este encapsulamiento, en el que cada uno tiene su mundo, su opinión, tiene sus medios, que en el fondo corroboran su visión de la jugada, de la partida, *El Mundo*, *El País*, ¿no está acabando en una democracia de fanáticos, de fanáticos de unos y de otros, donde la gran masa escéptica no participa, no se siente llamada a participar salvo en casos muy excepcionales?

Creo que empíricamente no se corresponde con la realidad, porque hay un grupo muy importante que cam-

FRC20 22/7/09 13:37 Página 18

bia su voto. Es decir, hay una cierta volatilidad del voto. Antes había una identificación con los partidos que ahora no existe, y yo creo que esa cierta volatilidad demuestra que en última instancia hay un grupo no fanático, un grupo que tiene la capacidad para cambiar de partido y además muchas veces los partidos tienen muchas diferencias entre ellos.

Creo que sí, hay un grupo muy fanatizado que además está siempre generalmente al servicio de un determinado partido, que permanece inalterado pase lo que pase, porque está anclado en la visión del mundo que es la que reproduce continuamente en sectores a los que se ha adscrito, pero luego hay una gran masa que, en último término, no es mayoritaria necesariamente, pero que sí tiene la capacidad para ir ajustando su visión en función un poco de las circunstancias.

Pero es precisamente a esa gran masa a la que desde la política no se apela. Se apela al fiel, al convencido, y a esa gran masa en el fondo se la moviliza con argumentos básicamente de contra, el miedo a la derecha del año 2004-2008; pero, en general, la impresión es que la política del día a día, a la gran masa del medio la deja fría, indiferente.

Sí, no le interesa. En nuestro país, al 70 por ciento de la población la política le interesa poco o nada, según datos del CIS. España es el país de Europa donde menos interesa la política; en ese sentido somos un poco más excepcionales que el resto, pero personalmente tengo un punto de cierto optimismo. Creo que nos hemos dado cuenta de que no es indiferente quién esté gobernando, porque ahora tocan malos tiempos, y ya no vemos la política exclusivamente como pura gestión, sino como gestión al servicio de determinadas ideas, y me parece que éste es el elemento nuevo que está empezando a aparecer en el horizonte.

Si esa recuperación de lo público, si esa vuelta a lo público por la crisis no da frutos, y no da frutos visibles para los menesterosos y las clases medias desencantadas de la izquierda en un espacio temporal relativamente corto, sí es caldo de cultivo para el populismo.

Sí, pero hay que tener en cuenta algo que creo que no hemos perdido en las barricadas, ni siquiera en los últimos años, que es la idea de liderazgo. No se trata de dar a la gente lo que la gente quiere, se trata de dar a la gente lo que nosotros, como actores políticos, pensamos que la gente debe querer, porque aquí no va a haber cambio de modelo, o no se va a ver un cambio de modelo hasta las próximas elecciones. Esto hemos de transmitírselo a la gente. Para mí sería muy fácil, como José Luís Rodríguez Zapatero, empezar a ahondar en el déficit público y tratar de resolver los problemas más acuciantes, de tal manera que llegara en buenas condiciones a las próximas elecciones. Creo, sin embargo, que esa no es la solución de país. La solución de país exige una serie de medidas que son impopulares

Claro, ésta es una política más ética, que conecta otra vez inexorablemente con los medios. El problema no es lo que se piensa y lo que se quiere hacer sino si efectivamente vamos a tener la capacidad para comunicarlo. Aunque se quiera ejercer el liderazgo, el problema está en saber comunicar ese liderazgo.

Ésta es la diferencia entre lo que llamamos un estadista y un político. Un político está más cercano a lo cotidiano y más cercano al contexto inmediato, mientras que un estadista está pensando más a medio y largo plazo, y además tiene la capacidad para comunicar que bueno, que un país se dirija efectivamente a resolver estos problemas más a medio y largo plazo.

Estamos en un momento en el que necesitamos estadistas, políticos que tengan la capacidad de comunicar, y que no se dejen llevar por decisiones coyunturales. Y que esas decisiones que tomemos hoy se enmarquen dentro de una estrategia más amplia, dirigida digamos a resolver problemas que son estructurales.

Felipe González se pudo permitir ese juego en el momento de la reorganización de todo el sistema productivo, de la reconversión industrial, por una razón muy simple: por la inmensa hegemonía política que tenía. Si hubiera tenido pegado a su trasero a la oposición como la tiene ahora mismo Zapatero, probablemente se hubiera visto en dificultades para llevar a cabo todo ese tipo de medidas.

Hay dos problemas con los medios. Uno, el hecho de que hay que imponer novedades, con lo cual se está irritando continuamente la realidad para encontrar cosas que sean informativas. El otro está en la capacidad para manipular también la realidad. Ambas cosas se funden y son malas para una política democrática

La idea tradicional de la política era que los medios se limitaban a levantar acta de aquello que tenía lugar en el espacio público. Lo que no habíamos imaginado es que fueran los medios quienes, en última instancia, acabaran decidiendo lo que se hacía o no en ese espacio público

Con la necesidad de la épica, la aceleración de la información, podemos acabar teniendo una épica efímera, una capacidad de quemar conceptos al estilo de, por ejemplo, la España plural.

Éste es un buen ejemplo, pero es un buen ejemplo de varias cosas dentro de la política. La España plural es un concepto lo suficientemente vago y ambiguo como para que alguien pueda decir que me parece estupendo o me parece rechazable, pero a medida que se tiene que ir concretando es cuando empieza a sufrir agresiones o quiebras. El problema está en que en un sistema político como el nuestro, los actores que operan en ese ámbito de la España plural no son tres (País Vasco, Cataluña y el resto), sino que son diecisiete. A medida que se va concretando el nuevo ajuste de Cataluña dentro del Estado autonómico, por poner el ejemplo más obvio, empiezan a saltar por otros sitios fallas en el sistema, con "yo también quiero esto" o "también quiero lo otro". Es muy fácil hablar de la España plural, pero a la hora de concretar uno se da cuenta de que lo que quizá desde el centro fuera deseable, que es un estatus para Cataluña que sea diferente claramente del resto, no es deseable para el resto. ¿podemos permitirnos el lujo de aguantar la presión de los otros?

Nos encontramos con que el propio partido del que emana el discurso de la España plural tiene que reinventarse ese discurso para ajustar un poco las debilidades generadas. Muchas ideas, cuando se ponen en práctica, generan problemas que no eran perceptibles en el momento en que se diseñaron.

De alguna manera habría un desfase entre ambición y coraje. La ambición de plantear unas metas ambiciosas, pero la falta de coraje de llevar esa ambición a la realidad sabiendo que, evidentemente, cuando uno plantea una meta muy ambiciosa, le van a caer palos.

Sí, pero de todas maneras, creo que es más fácil un discurso de coraje como el de cambio de modelo económico, aún pensando que es una cosa que se va a ver a largo plazo, que el ejemplo de la España plural. Porque la España plural choca, es decir, es mucho más atacable en términos identitarios, y por tanto populistas. Es el "España se rompe". Es un discurso que es muy eficaz, que encaja muy bien. También desde Cataluña es mucho más fácil montar un discurso del rechazo, y del "no nos quieren".

En el caso del cambio del modelo, aquí hay una ambición que va más allá de una ambición publicitada: Es como decir no nos vamos a quedar en la coyuntura. El problema viene después, y viene con el mantener este

FRC20 22/7/09 13:37 Página 20

discurso a través de un período electoral, unas elecciones en el 2012, dónde nadie sabe qué va a pasar.

Creo que todos somos conscientes de que la democracia genera problemas funcionales, que se opone, muchas veces, por su propia lógica, a lo que sería un gobierno más eficaz; la democracia no tiene porqué coincidir con eficacia. No se trata sólo de hacer, sino que se ha de vender lo que se hace. En ese sentido la capacidad para vender lo que se hace es casi tan importante como lo que se hace o más, porque, por ejemplo, Magdalena Álvarez ha hecho muchísimas cosas, pero la gente no lo ha sabido captar; ahora se hará menos pero la gente lo captará mejor, estoy casi seguro de ello. Cuando nos encontramos ante un problema de gestión gravísimo como puede ser un cambio de modelo, tenemos que ser conscientes de que se nos ha acabado ese motor que tenía nuestro sistema económico que era la vivienda, el ladrillo, y tenemos que buscar un recambio, y que se consiga o no depende no solamente de la capacidad de gestión de nuestros poderes públicos, sino también de la capacidad que tenga para imponerse la sociedad civil. Tienen que convencer de dos cosas: de lo imprescindible que son determinadas medidas, pero también de que esas medidas, aunque no se vean antes de las próximas elecciones, tienen capacidad para poderse cumplir.

NOVETAT EDITORIAL

DE PRÒXIMA APARICIÓ

EL FUTUR DE LES POLÍTIQUES DE JOVENTUT 50 IDEES PER MILLORAR LA VIDA DELS I LES JOVES

Tercer número de la col·lecció *Informes frc* en què participen professionals i especialistes en polítiques dirigides a la joventut que, des de múltiples perspectives, ens ajuden a tenir més coneixement entorn a la joventut actual i a comprendre millor els reptes a què s'enfronta.

SUMARI

PRÒLEG
Bibiana Aído

INTRODUCCIÓ

Els joves a l'àmbit metropolità de Barcelona. Una proposta de classificació
Jordi Nofre i Mateo

El futur de les polítiques de joventut
Olivié Bayón

L'accés a l'habitatge. L'etern problema de l'emancipació dels joves
Xavier Mauri i Coll

"Joves i ocupació". 8 projectes per a 8 aspectes clau de l'ocupació dels joves
Joan Miquel Piqué

Generació Einstein: L'art de comunicar amb els joves
Jeroen Boschma

Salut dels joves a Catalunya: diagnòstic i perspectives
David Elvira Martínez

Joventut i gènere: un binomi en transformació
Sonia Ruiz García
Aintzane Conesa

La joventut i la participació ciutadana
Xavier Amor
Manel Brinquis

Glossari: 50 idees per millorar la vida dels joves
Grup de Polítiques de Joventut de la Fundació Rafael Campalans

Es el reino de lo inmediato. Se juntan dos cosas: el reino de lo inmediato y el hecho que la ciudadanía ya no se cree a los políticos, con lo que el crédito del político que dice "ustedes no lo verán en los próximos tres años, pero yo les aseguro que..." está por los suelos.

Sí, pero entonces tiene que promocionar pactos con la oposición, y convencer a los ciudadanos de que el otro no quiere entrar en un pacto, con lo cual tiene intereses espurios en su posición ante una determinada situación. Por ejemplo, yo estuve esperando en el debate sobre el estado de la nación que en algún momento Zapatero en su discurso dijera: "Señores, les ofrezco un pacto social para salir adelante en la gestión de la economía, nos reunimos y entre todos vamos para allá". Claro, no lo hizo porque sabía, primero, que no iban a entrar, y luego porque estaba seguro de que los poderes mediáticos, sociales, los intereses de la oposición lo iban a machacar, puesto que significa que no tiene salida, que necesita a la oposición por la razón que sea. En todo caso, yo creo que sí se tiene la capacidad de comunicar a los ciudadanos la necesidad de que, efectivamente, se produzca ese pacto y que es el otro el que no quiere entrar, no que tú no tienes voluntad, tienes más crédito al final que la propia oposición; la oposición pierde pie en esa ola en la que va navegando ahora mismo y que cree que le va a llevar a ganar las próximas elecciones generales.

En nuestro país, al 70 por ciento de la población la política le interesa poco o nada, según datos del CIS. España es el país de Europa donde menos interesa la política; en ese sentido somos un poco más excepcionales que el resto

El problema no es lo que se piensa y lo que se quiere hacer sino si efectivamente vamos a tener la capacidad para comunicarlo. Aunque se quiera ejercer el liderazgo, el problema está en saber comunicar ese liderazgo

La lista de temas que no se tocan, que están por encima de la lucha partidista, cada vez es más exigua. Hace relativamente poco, hasta el 2004, el terrorismo no entraba en la lucha partidista. Ahora ha entrado. Las pensiones han vuelto a entrar. Parece que lo que puede ser la base de un consenso entre gobierno y oposición es cada vez menor.

Sí, es cierto, porque el incentivo de ejercer la oposición es cada vez mayor. Cuando se tienen pocas ideas si se está en la oposición, lo fácil es atacar

Pero volvemos siempre a lo mismo, no es el problema que la oposición fracasa si la gente no es capaz de ver, bajo las condiciones en las que estamos hoy, un discurso constructivo. Yo creo que está basándose en la denuncia destructiva como un fin en sí mismo, y creo que al final esa estrategia puede ser doblemente negativa. La gente quiere soluciones.

En la lógica gobierno-oposición, cada vez más la tarea principal de la oposición es la confusión, es decir, alguna vez y con muchas comillas, los gobiernos, sean del color que sean, hacen un intento de racionalidad, y las oposiciones, sean del color que sean, hacen un intento de confusión, confusión de todos los planos, confusión de todos los temas. Se está constantemente haciendo la misma batalla de derrotar al gobierno. ¿Hasta qué punto es una dinámica hispánica o es una dinámica general?

Yo creo que es general. Creo que estamos mejor que en muchos sitios, nada más tenemos que mirar a Italia. Estamos sujetos a unas condiciones donde se está perdiendo el poder de la conversación. Ahora de lo que se trata más bien es de ser capaz de acertar en determinadas ideas, de llevarse el gato al agua. Muchas veces hay marcos que no los decides tú sino que se deciden de una manera poco creativa, se van decidiendo, se van articulando por si mismos, y es muy difícil salir de ese marco que va a condicionar tu discurso, que lo va a enclaustrar.

Lo importante es el impacto, y evidentemente el impacto es el más sonoro, el que grita más, el que la dice más gorda. A partir de ese impacto, el resto es ponerse a la defensiva. Ya se ha marcado el terreno de juego

Sí, y lo hemos visto en el caso de Camps en la Generalitat valenciana. Vi en un reportaje como el representante del Partido Socialista era perfectamente racional, lo que decía estaba perfectamente argumentado. Digamos que cualquier persona que observara ese debate sabía quién tenía razón, y sin embargo el impacto de la chulería, de la forma en que le criticaban Camps y sus acólitos del Parlamento, todo el debate hacía que acabara ganando ese duelo, pero más por lo alegórico, lo simbólico, lo metafórico. La argumentación no tiene ese impacto. Creo que ha habido una quiebra en la dimensión argumentativa de la política.■